



por ricardo doménech

EUROPA
PARA LOS AMERICANOS**"cinco variaciones",
de antonio martínez-menchén**

NARRADOR a la vista", podríamos decir —parafrazando a aquel "poeta a la vista", con que Ortega saludó la aparición de Miguel Hernández—, tras la lectura de este libro de cuentos: "Cinco variaciones" (Editorial Seix-Barral, Barcelona, 1963). Es el primer libro que publica su autor, Antonio Martínez-Menchén, y creemos que es un buen punto de partida, porque en ésta su primera salida el autor nos revela unas condiciones y unas rigurosas preocupaciones estéticas, expresivas de la búsqueda de una estética personal y adecuada a nuestro momento. No quiero decir con esto que "Cinco variaciones" suponga el fin de la presente situación crítica de la narrativa española, pero sí que supone la existencia de un joven autor con conciencia de esa situación crítica y con ánimo decidido de llegar a una estética nueva que posibilite reflejar las realidades sociales y humanas en toda su complejidad y riqueza.

Sin duda, las cinco narraciones que componen este libro no alcanzan esos objetivos; tampoco nos dice su autor que los haya alcanzado. Pero he aquí que, de una manera implícita, Martínez-Menchén nos manifiesta su intento de llegar a estos objetivos.

Señalados estos dos puntos —primero, que los cinco relatos que componen este libro nos sitúan ya ante un escritor; segundo, que ese escritor se plantea los problemas más serios con que hoy se enfrenta la nueva narrativa española—, debemos entrar en algunos aspectos particulares. Estos cinco cuentos —«Domingo», «La bordadora», «Bacanal», «Las cosas» e «Interno»— son, como nos dice el título que los engloba, cinco variaciones de un mismo tema: ese tema es la enajenación, la frustración y la soledad de unos personajes que viven en un mundo que no está hecho a la medida de su condición humana. El autor nos muestra a esos personajes en aquellas situaciones en las que con mayor claridad pueden expresar la verdad de sí mismos —la tarde de domingo de ese estudiante, el banquete de ese oficinista que tuvo otras ambiciones, etc.— y, con gran habilidad y talento, va profundizando en la conciencia de cada uno de ellos.

Evidentemente, muchas objeciones cabría hacer a estos relatos. Por ejemplo, la presencia de un Joyce no asimilado todavía y, por eso mismo, todavía no trascendido. Pero he aquí que tratamos de valorar el primer libro de un autor, y esta valoración, por tanto, no puede ser la misma que sería en caso diferente. Quizá basta para aplaudir sin reservas el primer libro de un autor con que en él se hagan patentes unas condiciones literarias y unas preocupaciones de forma y contenido a la altura de su tiempo. Yo creo que en "Cinco variaciones" están patentes ambas cosas. De ahí que aplauda sin reservas este libro, en la confianza de que puede ser el primer paso de una fecunda carrera literaria.

**"la expedición de la niña II",
de carlos etayo**

EN "La expedición de la Niña II" (Editorial Plaza y Janés, Barcelona, 1963), el señor Carlos Etayo narra todas las vicisitudes de una travesía que, en homenaje a la de Colón, llevó a cabo no hace mucho tiempo, y de la cual ya la prensa informó ampliamente en su momento, como el lector recordará.

En este relato de la travesía, el capitán Carlos Etayo cuenta los antecedentes de su proyecto, las dificultades y la realización del mismo. Para aquellos que siguieron con atención las peripecias de la "Niña II", este libro —directo, lleno de anécdotas—, tendrá sin duda interés.

SIETE de las películas americanas actualmente en cartel en las salas de estreno madrileñas transcurren en «la vieja Europa». Dejando aparte las «históricas» o aquellas en que el tema se pretende europeo, es interesante ver, aunque sólo sea a vuelapluma y —naturalmente— sin afán exhaustivo, el concepto que, a través de su cine medio, tienen los americanos de nuestro continente. Hay una serie de obras que giran en torno a la visita, turística o no, de un individuo o grupo de individuos a un país europeo, que actúa como una especie de catalizador o de «lugar modificante». Trátase de «El premio», donde se plantean nada menos que una serie de temas en torno a las distintas concepciones de la cultura, o de «Samantha», donde en tono de comedia se destilan pintorescas ideas —es lo menos que puede decirse— sobre el concepto del amor «a la francesa» y sus posibilidades de adaptación al paralelo americano, en todo este tipo de films hay un factor común que vale la pena analizar. Al margen de las razones de producción que han hecho que una gran cantidad de películas se rueden en Europa, es un hecho que desde hace unos años se ha prodigado el tipo de cine de que me ocupo. Posiblemente, sus primeros «hits» fueran «Vacaciones en Roma» y «Creemos en el amor», fabulosos éxitos de taquilla de hace unos años.

París, como escenario de historias románticas, venía de lejos. Es sabido que un refrán dice que los americanos buenos, cuando se mueren, van a París. Esta ciudad ha despertado siempre el interés de los productores en crisis de imaginación. Generalmente, se ha tratado de historias románticas y sentimentales, en las que el encuentro con la «ciudad-luz» provocaba y automáticamente resolvía la crisis de los protagonistas. A veces hasta intervenía algún elemento humano francés —Chevalier, si el presupuesto lo permitía— que con sus consejos contribuyera a arreglar los problemas. Pero, generalmente, bastaba con «el aire de París», con que los protagonistas se pasearan por los Campos Elíseos, visitaran una tienda de modas o comieran sopa de cebolla en Les Halles.

Se partía, y se sigue partiendo, de planteamientos disimuladamente racistas. Los americanos estaban entre ellos, y entre ellos resolvían sus asuntos. Alguna vez —pocas— se llegaba a un matrimonio mixto, si se trataba de una muchacha extranjera, dulce y conocedora del arte de hacer tarta de manzana, o si —en el caso menos probable de que el extranjero que lograra acceder a la gloria americana era un hombre— se trataba de un conde o un príncipe. Recuerdo que, por otra parte, no puede extrañar demasiado si lo analizamos «desde dentro», dado que el tipo de personaje femenino más difundido como representante de la «vieja Europa» es la prostituta más o menos declarada, el homosexual o simplemente el cretino. París, «la ciudad del amor, de la moda y el champán», nos es presentada como una ciudad en la que todos sus habitantes se dedicarían única y exclusivamente a esto: a hacer el amor, a estar muy, muy alegres y a beber champán... Naturalmente, esto es muy hermoso, pero los americanos que allí llegan han de tener en cuenta que, además, ellos tienen que ser periodistas —el tipo humano más frecuente en esta clase de films— y volver a su país una vez asimilada la lección.

En las dos películas recientes que inciden en este apartado, todo esto se confirma. París, en «Samantha», es una vez más «la ciudad del amor, etc.», Chevalier se limita a actuar como cantante y mito vivo —lo que siempre es una ventaja—, pero una de las Gabor —Eva— suple su habitual cometido, dando consejos sobre los mejores modos de hacer el amor y la sopa de cebolla; claro que, naturalmente, acaba descubriéndose que sus ideas son demasiado «liberales» y que más vale la vieja americana reprimida que la joven «húngaro-francesa emancipada»...

En «El premio», por sus implicaciones político-culturales, la cosa es más seria. Partiendo de una concesión de los premios Nobel en «el futuro» se recurre a una tipificación de personajes europeos totalmente tópica: el «ménage à trois» para los franceses, la «mamma» bigotuda y vestida de negro, italiana, los «perversos» integrales casi draculescos de más allá del telón de acero, el americano vitalista, bebedor y pendenciero, pero que encierra en su pecho un corazón de oro... Si a ello se añade el enfoque de la actividad cultural que se nos presenta, en función de los más retrógrados prejuicios en torno a ella, vemos que lo que en otras ocasiones puede tomarse más o menos a la ligera, aquí adquiere otras proporciones. Pero analizar todas estas cuestiones a fondo requeriría un espacio y un tratamiento mucho más amplios.

Queda, eso sí, la compleja relación que para el americano medio representa ese algo cuasi-mítico que es «el viaje a Europa». En un planteamiento lleno de contradicciones, en que el mito se yuxtaponen a un paternalismo casi despectivo, el choque que «el viaje» supone como elemento modificante posible, se traduce, generalmente, en los términos expuestos. Sólo, en la larga lista de las películas de «americanos en Europa» —incluyendo las desafortunadas adaptaciones de Scott Fitzgerald—, recuerdo una en que el problema estuviera planteado con rigor y honestidad, dentro de los límites en que se planteaba: «Locuras de verano», de David Lean, inspirada en una obra teatral de Arthur Laurents, el autor del libro de «West Side Story», en que precisamente se estudiaba el mito que «las ciudades del amor, etc.» —en este caso Venecia— representan para los americanos.

CESAR SANTOS FONTENLA